

—Parece que está rezando,—observó Polaniecki,—le ruego que no la interrumpa. Puede ser que vuelva mañana.

—Mañana, y todos los días... ¿verdad? Piense usted que ahora también para nosotras es usted el señor Stach.

Mientras volvía hacia su casa, Polaniecki iba pensando.

—Su conducta para conmigo ha cambiado por completo. Se considera como mía; porque no solamente está decidida á cumplir la palabra dada á Litka moribunda, sino que está convencida que tiene el deber de amarme. Conozco muchos de estos caracteres de hielo pero de cabeza exaltada, que obran únicamente por principio y por deber. Podría morir como un perro á sus pies sin alcanzar nada; pero ésta trata de amarme por un sentimiento de deber. Mas yo quiero que se me ame por mí mismo.

Y se acostó y se durmió entregado á estos pensamientos. Y durante toda la noche soñó en abedules, en retratos, en ojos azules y serenos, en un rostro encantador y en una personilla llena de vida y de juventud.

XXI

Algunos días después disponíase Polaniecki á salir cuando se presentó Masko en su casa y pidió tener una conferencia con él.

—Necesito hablarte de varias cosas, y antes que todo de mi deuda.

—Si tienes que hablarme de negocios, este no es

el lugar apropiado; los trato únicamente en mi despacho.

—Es que el asunto de que quiero hablar es de índole completamente privada y por esto he venido aquí. Tú sabes que me caso, y precisamente por esto necesito dinero. He tenido que hacer tantas cosas como cabellos tengo en la cabeza. Está próxima la fecha para el pago del primer plazo de la contrata sobre la cesión del crédito sobre Kerzemien. ¿Puedes darme una prórroga de otros tres meses?

—Te hablaré con tanta franqueza como has hablado tú conmigo,—respondió Polaniecki,—puedo, pero no quiero.

—¿Y qué harás si no te pago?

—En este mundo hay remedio para todo. Pero tú me has tomado por un tonto; yo sé que pagarás.

—¿Y cómo lo haces para saberlo perfectamente?

—Te vas á casar dentro de poco, y de seguro no querrás pasar por mal pagador.

—Donde no hay hasta el rey pierde su derecho.

—Ahora estamos á solas los dos, y de consiguiente puedo decirte que tú siempre has sabido hacer hasta lo imposible, y que también ahora sabrás salir de apuros.

—Es que ahora sé como tengo mis cosas. He pretendido obtener de tí un favor, pero reconozco que no tengo derecho alguno á que me lo hagas. Ahora estoy, como suele decirse, con el agua al cuello. Dame aunque sólo sean dos meses de prórroga, y luego la cosa ya será distinta. ¿No me los quieres conceder? Está bien. Tengo todavía un poco de

bosque en Kerzemien, lo haré cortar y con esto te pago.

—¿Un poco de bosque en Kerzemien? Pero si el viejo Plavicki lo ha desmontado todo.

—Del lado de Nisdzialko existe todavía un pequeño encinar.

—Sí, tienes razón, ahora recuerdo.

—Sé que vuestra casa trata también en maderas. ¿No podríais tú y Bigiel comprarme el bosque? Así me evitáis el trabajo de buscar comprador, y vosotros no dejaréis de hacer vuestro negocio.

—Hablaré con Bigiel,

—¿De modo que no rechazas mi oferta?

—No la rechazo, si tú pretendes un precio arreglado. Pero en esta clase de negocios hay que obrar con mucha circunspección, y calcular bien las pérdidas y los beneficios. ¿Cuántos árboles puedes hacer cortar?

—Dentro de una hora te podré dar detalles finos.

—Y yo antes de la noche te dará una respuesta definitiva.

Pero debo hacerte una observación, y es que no podrás desmontar el bosque hasta dentro de dos meses.

—¿Y por qué?

—Porque Kerzemien sin aquel bosquecillo, merece considerablemente, y por lo tanto deseo que esté en pie hasta después de mi casamiento.

—No habrá inconveniente en esto.

—Después hay la marga de Kerzemien. Ya recordarás que tu mismo me habías hablado de ella. Plavicki la evaluaba en millones. Comprendo que

sería un disparate evaluarla en este precio. Pero si se ocupasen de ello hombres prácticos, podría resultar un negocio excelente. Hasta de eso os podríais encargar.

—Nuestra casa jamás ha rechazado un buen negocio.

—De éste hablaremos más adelante. Ahora lo más importante es el negocio del bosque. Si éste se realiza, me habré quitado otro peso de encima,—dijo Masko pasándose una mano por la frente.—Hazte cargo de que esta frase me la repito diez ó doce veces al día; hasta me veo en la necesidad de sostener el papel de novia, una necesidad que...

Masko se interrumpió de repente, sacudió la cabeza, y lanzando un gran suspiro continuó:

—...que no es ligera.

Polaniecki lo miró sorprendido. Una confesión como esta, hecha de Masko, un hombre de mundo que sabía pesar las cosas antes de decirlas, era inaudito.

—Pero es inútil pensar en eso,—prosiguió el joven abogado.—Ya recordarás que poco antes de morir Litha tuvimos una disputa. No se me había ocurrido que tu le profesabas gran cariño á aquella niña, y que por eso debías estar muy afligido; á haberlo calculado, no habría sido tan descortés contigo. La culpa fué mía, y de consiguiente te pido que me dispenses.

—Tiempo ha que lo he olvidado todo,—respondió Polaniecki.

—Te lo recuerdo, porque necesito que me hagas un servicio. ¿Quieres ser mi padrino?... No tengo parientes ni amigos, y no sé á quién dirigirme.

Además, me conviene que la persona que haga este papel lleve un apellido distinguido, á las señoras también les gusta mucho esto. Contéstame, pues: ¿quieres?

—Si me hubieses pedido este servicio en otra ocasión, no te lo habría rehusado: yo no llevo el luto en el sombrero, pero puedo asegurarte que si se me hubiese muerto una hija no sería más fuerte para mí el luto.

—Tienes razón,—repuso Masko;—dispénsame.

Involuntariamente Polaniecki le compadeció y repuso:

—Pero, si tanto te empeñas, lo pensaré... Si no logras encontrar otro... porque francamente te digo, en mi actual disposición de ánimo, me sería doloroso ir á bodas. Pero, ¿sabes Masko que te hallo cambiado? Dicen que el matrimonio cambia al hombre, pero ahora me parece que para esto basta con tener novia.

—Ah, caro amigo, hay casos en que es preciso quitarse la máscara.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay dos categorías de hombres: pertenecen á la primera los que toman el mundo tal cual es y se adaptan á las circunstancias; á la segunda los que han adoptado un sistema y obran de conformidad con él. Yo pertenezco á ésta segunda categoría. A mí, por ejemplo me gusta guardar las apariencias, y de tal manera me he acostumbrado á este sistema, que ha llegado á ser para mí una segunda naturaleza. Pero cuando se viaja en verano, con un calor sofocante, á muchos les acontece que llega el momento en que no pue-

den aguantar más, y no solo se quita el sobretodo, sino hasta la levita. Pues bien, para mí ha llegado este momento.

—¿De veras?

—De veras, en este momento estoy haciéndote mi confesión. En cierta ocasión tú me diste á entender con tono irónico, que mi novia se la podía comparar á la maquinaria de un reloj, que para que pueda andar, necesita que se le dé cuerda todos los días, ó en otros términos á un autómeta. Pues bien, es cierto, completamente cierto. Pero no quiero que tu me juzgues más bribón de lo que soy. Yo no amo á mi novia. Amé á la señorita Plavicki y fui rechazado, y ahora me caso con la otra por interés. Si tú sostienes que esto es una inconveniencia, te contestaré que esto lo hacen á diario personas respetables, á quienes se estrecha la mano sin vacilar, y que, si en su matrimonio no son completamente felices tampoco son desgraciadas. Los que se casan en estas condiciones viven juntos durante largos años, se habitan á esta vida, y une á los dos esposos un cierto cariño nacido precisamente de la vida común que llevan: después, los hijos hacen lo demás. Si yo me hubiese decidido á no pasar de un humilde leguleyo, contentándome con ganar mucho dinero, habría logrado ya mi objeto, y desde ahora estaría asegurada ya la posición de mi hija. Pero no me he creído en el deber de amar á mis hijos antes de que hubieran venido al mundo. No quise ser rico, quise ser algo, ocupar un puesto de cierta importancia en la sociedad, y esto hizo que lo que el abogado ganaba se lo comía el gran señor. Por lo tanto me quedé sin

un sueldo y fué cuando me resolví casarme con la señorita Kraslavski. Y ésta, ¿sabes porque se casa conmigo? Porque yo hago el papel del gran señor que en apariencia ejerce la abogacia. Ya ves, pues, que somos tal para cual, el uno no engaña al otro, á tomándolo al revés, los dos nos engañamos lo mismo. Así están las cosas, y ahora tú desprecia-me si te parece bien.

—¡Nada de eso! Ahora te aprecio más que nunca,—contestó Polavicki.—No solamente admiro tu franqueza sino también tu valor.

—Comprendo que me felicites por mi franqueza, pero no por mi valor.

—¿Acaso no realizas un acto de valor casándote con la señorita Kraslavski, á pesar de conocerla tan bien como la conoces?

—Sé muy bien lo que hago. Verdad es que tengo necesidad de dinero, pero no creas que esta necesidad me ponga en el caso de tener que casarme con la primera mujer que se me viene delante, de ningún modo. Casándome con la señorita Kraslavski, sé perfectamente lo que hago. Esta joven posee todas aquellas cualidades que yo considero absolutamente necesarias para que una mujer pueda llegar á ser mi esposa. La señorita Kraslavski resultará una esposa fría, descortés y nada agradable; hasta tal vez será altiva conmigo, salvo el caso en que yo le cause miedo. Pero es como su madre una observadora rígida de las conveniencias sociales, está dotada de sentimientos religiosos, y por lo tanto sabrá distinguir lo conveniente de lo inconveniente. Esto ya es algo. Además, como no es ni romántica ni exaltada, evitará las aventu-

ras y yo estaré al abrigo de escándalos. Así, si no soy dichoso, á lo menos estaré tranquilo. Tú, amigo mío, cuando escojas mujer, procura tener siempre por máxima que el mayor de los bienes es la tranquilidad. De la amante lo puedes exigir todo: ingenio, buen carácter, una naturaleza poética; pero de tu mujer exige ante todo principios sólidos.

—Jamás te he tenido por loco,—repuso Polaniecki;—pero ahora observo que eres muy prudente y muy juicioso.

—Observa nuestras mujeres,—prosiguió Masko,—y especialmente las que pertenecen al mundo financiero, que siguen escrupulosamente el último figurín de la moda de París. Para éstas en el mundo nada más existe que su propia persona. El marido ó es un cero, ó le hacen protagonista de una tragedia cualquiera conyugal.

—Tu teoría se refiere únicamente á las mujeres de la plutocracia, que no tienen tradiciones,—replicó Polaniecki.

—Pero también esa otra sociedad elegante, ávida de diversiones, superficialmente amante del arte, y hasta si quieres piadosa, no produce á la verdad mujeres que sean modelos de virtud.

—Pero, aquí entre nosotros, esto no se puede decir.

—En absoluto, tal vez no. Bien es verdad que hay excepciones muy dignas de respeto, como por ejemplo, la señorita Plavicki. A ésta sí que la considero capaz de hacer la felicidad de cualquier hombre, y por esto tuve un verdadero pesar cuando se negó á ser mi esposa.

—Masko, me haces pasar de sorpresa en sorpresa; no te habría creído, también entusiasta.

—¡Entusiasta! He amado á la señorita Plavicki y ahora me caso con la señorita Kraslavski. Conque, ¿quieres ser mi padrino?

—Déjame tiempo para pensarlo un poco.

Parto dentro de tres días.

—¿Hacia donde?

—Voy á Petersburgo, y es probable que esté ausente dos semanas.

—Cuando vuelvas sabré darte una contestación.

—Está bien.

Cuando Masko hubo salido, Polaniecki se fué á su despacho y consultó á su amigo Bigiel. Los dos asociados resolvieron en principio aceptar la proposición de Masko; y comprar el bosque de Kerzemies, siempre que las condiciones les pudieran convenir.

Después Polaniecki se fué á almorzar al restaurant, donde solía ir, y encontró allí al profesor Vascovski. Supuso desde luego que el anciano pedagogo debía estar muy preocupado, porque mientras comía iba hablando extensamente consigo mismo con gran asombro de los camareros. Miró á Polaniecki como si no lo hubiese reconocido: parecía como si en aquel momento hubiese perdido la memoria. Al fin dijo, como si despertara de un sueño:

—Ella declaró que, haciéndolo así, se acercaría más á su hija.

—¿Quién le declaró á usted eso?

—La señora Emilia.

—¿Y porqué?

—Porque quiere hacerse Hermana de la Caridad.

Al oír estas palabras, Polaniecki estuvo unos instantes sin acertar á articular palabra; más al fin dijo con acento de indignación.

—Únicamente usted puede haberla decidido á dar un paso semejante. Ahora tiene usted sobre su conciencia la vida de esa pobre señora. Ella no puede tener fuerzas suficientes para desempeñar un cargo tan pesado, y sucumbirá antes de un año. ¿Me comprende usted?

—Me acusa usted, amigo mío,—observó Vascovski, sin haberme escuchado hasta el fin.—Ayer la señora Emilia me participó esa intención suya. Esto fué para mí una cosa inesperada y de consiguiente le pregunté: «¿Pero, señora, tendrá usted valor suficiente para seguir una vocación semejante?» Sonrióse ella y me contestó: «No trate usted de disuadirme, porque en esta resolución mía he de hallar mi salvación, mi felicidad. Si no soy bastante robusta no me admitirán; si me admiten, y luego mis fuerzas no son suficientes, tanto mejor, me reuniré más pronto con mi hija». ¿Qué otra cosa podía hacer yo, que admirar tanta fuerza de voluntad? ¿Qué habría usted contestado? ¿Habría usted tenido acaso el valor de insinuar una duda en su alma, de persuadirla de que su hija había dejado de existir y de que una vida de sacrificios y de privaciones, no podía ir á hacerla reunir con Litka? ¿Dígame usted habría usted hecho esto?

—No, contestó Polaniecki.

Y poco después repuso:

—Vea usted ahí lo que sacamos de este mundo, nada más que disgustos.

—Tal vez,—contestó Vascovski con aire pensativo;—si pudiera convencerla de que entrase en alguna orden religiosa contemplativa, en vez de hacerse Hermana de la Caridad... Existen ciertos conventos, en los cuales el miserable átomo hombre se compenetra de tal manera en Dios, que llega á formar con él una sola cosa, hasta el punto de hacer cesar todo sentimiento personal y todo dolor propio.

Polaniecki hizo un gesto desdenoso y contestó:

—Ciertas cosas yo no las comprendo, y por esto no me ocupo de ellas.

—Precisamente tengo aquí un librito de recuerdos de Nazareth,—dijo el profesor desabrochándose la levita, y buscándose los bolsillos... ¿Donde diablos lo habré metido este librito?

—Déjelo usted; á mi me tienen sin cuidado los recuerdos de Nazareth.

No se desanimó por esto el señor Vascovski: buscó también en los bolsillos del chaleco, y luego quedó inmóvil y pareció recordar.

—¿Pero, ¿qué busco?—dijo golpeándose la frente.—¡Ah, sí! el librito italiano. Le participo que dentro de pocos días salgo para Roma. Desde largo tiempo Roma es la antecámara del otro mundo, y para mí ha llegado la hora de trasladarme á esa divina antecámara. ¡Cuán contento habría estado yo, si la señora Emilia me hubiese ocompañado! Pero no quiere alejarse de la tumba de su hija. Si pudiera decidirla á que entrase en la orden de las Nazarenas... de seguro que esas le gustarían; lle-

van una vida sencilla como la de los primeros cristianos.

—Profesor, abróchese usted la levita,—interrumpióle Polaniecki.

—Está bien, me la abrocho en seguida; pero tengo algo más que decirle. Es usted un hombre furibundo, pero tiene usted alma. Créame usted el cristianismo no ha llegado á su término, como suponen ciertos filósofos; tiene aún mucho camino que seguir, y...

—Mi querido profesor,—le interrumpió de nuevo Polaniecki con acento amistoso;—estoy dispuesto á escuchar pacientemente todo lo que me quiera usted decir, más no en este momento; ahora estoy demasiado apesadumbrado por la extraña resolución de la señora Emilia.

Aquí el diálogo terminó, ó más bien quedó reducido á un monólogo del profesor, que se hizo á sí mismo un largo discurso sobre Roma y sobre el cristianismo.

Al salir para volver á sus respectivos domicilios, anduvieron un rato juntos. Era una hermosa noche de invierno. La luz de los faroles se reflejaba centelleando sobre la nieve recién caída; á lo lejos se percibía el sonido de las campanas de los trineos.

Cuando Polaniecki entró en su habitación, vió encima del velador el retrato de Litka que Marina le había mandado durante su ausencia. Su vista le conmovió profundamente. La niña le sonreía y parecía querer decirle: «¿Ha vuelto usted al fin señor Stak?» Sobre del marco blanco se destacaban los cuatro abedules pintados por Marina. Vinieron á distraerle de su contemplación los pasos del criado

que había llevado el retrato, y que se había quedado á aguardarle para entregarle un billete de Marina concebido en estos términos:

«Papá me encarga que le ruegue que pase usted esta noche por casa. Emilia ha regresado á su casa. Le mando el retrato de Litka, y uno mi ruego al de mi padre, porque tengo de hablarle de muchas cosas que se refieren á Emilia. Como papá ha invitado también al señor Bigiel, usted y yo podremos hablar sin que nos estorben».

Polaniecki se apresuró á mudar de traje y se encaminó á casa de los señores Plavicki.

Bigiel estaba ya allí, jugando á la brisca con el viejo, mientras Marina estaba cosiendo sentada en una silla baja. Polaniecki, después de saludar, fué á sentarse al lado de ella.

—Ante todo,—empezó diciendo,—he de darle las gracias por la fotografía. Cuando entré en mi cuarto y se me ha presentado delante aquel rostro querido, he experimentado una violenta conmoción. En semejantes momentos es cuando se conoce la grandeza del dolor. Gracias también por los adornos que ha hecho usted al retrato. En cuanto á los planos de la señora Emilia, los conozco ya, por haberme hablado de ellos Vascovski. ¿Cree usted que no es posible hacerla desistir de esta grave resolución?

—A mi modo de entender, no.

—¿Que piensa usted de ella?

Marina le miró, como si quisiera que él la aconsejara, y luego respondió:

—Creo que le faltará la fuerza física para una vocación semejante.

Polaniecki hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

He reprochado á Vascovski, porque creía que había influido en la resolución de la señora Emilia, pero me he convencido de su inocencia. Ahora veo claro en las intenciones de nuestra amiga. Está cansada de vivir y desea la muerte, pero como no quiere faltar á los preceptos de la religión, quiere imponerse deberes que la llevarían á la tumba.

—Así es,—afirmó Marina en voz baja.

Al pronunciar estas palabras, inclinó vivamente la cabeza sobre su trabajo, como si quisiera ocultar su rostro, pero Polaniecki pudo notar que se desprendían gruesas lágrimas de sus ojos, cayendo sobre la labor que tenía delante.

—Señorita Marina,—díjole él en igual diapason de voz.—¿Usted llora?

La joven fijó en él sus humedecidos ojos.

—Sé que hago mal,—contestó;—pero es más fuerte que yo; el destino de Emilia me aflige demasiado.

Polaniecki se apoderó instintivamente de una de sus manos, y por vez primera estampó un beso en ella. Marina púsose á llorar de nuevo, se levantó precipitadamente y corrió á ocultarse á su habitación.

Polaniecki se volvió hacia los jugadores, en el preciso momento en que Plavicki decíale con tono algo afable á su adversario:

—Es un verdadero paso del Rubicón; difícil, muy difícil, usted representa los tiempos nuevos, y yo los viejos, de consiguiente, seré derrotado.

—Nada tienen que ver los tiempos con la brisca, —objetó Bigiel.

Pocos momentos después entró Marina anunciando que el té estaba servido. Tenía aún los ojos encarnados, pero su semblante aparecía tranquilo y sereno. Una vez tomado el té, Plavicki reanudó la interrumpida partida y Marina se puso á hablar con Polaniecki con aquel aire confidencial que se emplea únicamente con las personas con quienes se está estrechamente ligado.

Estaba ya muy adelantada la noche, cuando Polaniecki volvió á tomar el camino de su casa. Desde la muerte de Litka, jamás se había sentido tan tranquilo. Detúvose de nuevo ante el retrato de Litka, é involuntariamente pensó que una fuerza oculta estrechaba cada día más los lazos que Litka había formado al rededor de él y de Marina.

En vez de irse á acostar en seguida, fué á sentarse á su escritorio, para poner en claro el negocio de Masko, cosa que no lograba realizar. Ante sus ojos veía siempre la cabeza inclinada de Marina, y sus ojos bañados en llanto. Al día siguiente compró con ventajosas condiciones el bosque de Kerzemien.

XXII

Quince días después, Masko regresó de Petersburgo, muy satisfecho del giro que habían tomado sus asuntos. Era portador de una noticia importante que había sacado, (á lo menos así lo afirmaba), de fuente seguro y que de momento nadie conocía aún.

La última cosecha de granos había sido muy escasa en toda la Rusia; y de consiguiente, en algunas provincias empezaba ya á dejarse sentir el hambre, la cual dejaba prever que al principiar la primavera la carestía se habría hecho general. Esta noticia impresionó á Polaniecki.

Durante algunos días consecutivos, no se movió de su mesa de trabajo con el lápiz en la mano y haciendo cálculos sobre cálculos. El resultado de todo este trabajo fué proponer á Bigiel, emplear no solo todo su capital, si no además hacer uso de todo su crédito para comprar todo el grano que pudieran. Al principio Bigiel se resistía con tanto mayor motivo cuanto que Polaniecki no le ocultó, que si la empresa les resultaba completamente perjudicial, podía ser la ruina de la casa. No había probabilidades de un desastre, mientras que si les salía bien la operación, se enriquecerían de golpe y porrazo. El precio del grano tenía que subir á la fuerza. Polaniecki había resuelto todas las dificultades, y cuando al fin presentó á Bigiel todos sus cálculos, este se dejó convencer. Inmediatamente se envió al jefe de los comisionistas de la casa para á acaparar el grano, y Bigiel en persona se trasladó á Prusia con este objeto. Polaniecki quedó solo en Varsovia al cuidado de los asuntos de la casa. Trabajaba sin descanso desde la mañana hasta la noche, y, á excepción de la señora Emilia y de la familia Plavicki, no veía á nadie más en el mundo.

Rápido pasó el tiempo para él. El trabajo le proporcionaba alegría. Podía al fin abrigar la esperanza de que lograría el objeto que desde tanto tiempo se afanaba por lograr.

Nunca había dejado de visitar á la señora Emilia, pero en los últimos tiempos acaecía con frecuencia que no la encontraba en casa. Cuando Marina le anunció que hacía algunos días que había empezado el noviciado, corrió á casa de su amiga. Por muy doloroso que le fuera, quería despedirse de ella.

Esta vez la encontró, y la encontró sola.

Acogióle ella con tranquila serenidad pero el aspecto que la pobre señora presentaba impresionó dolorosamente á Polaniecki. Su rostro habíase puesto tan descarnado que se distinguían las venas á través de la sutil piel de sus mejillas. Hablóle ella de la resolución que tenía tomada de hacerse hermana de la Caridad, como si fuese ya una cosa convenida, y de una manera tal, que Polaniecki comprendió desde luego que no habría medio alguno de disuadirla.

—Pero, ¿se quedará usted en Varsovia?—la preguntó.

—Sí, quiero estar cerca de Litka. La madre superiora me ha prometido colocarme en la Casa de Maternidad, durante el noviciado; y, transcurrido éste, se me destinará á un hospital de la ciudad. De esta manera, durante los primeros tiempos, podré visitar cada domingo la tumba de Litka.

Polaniecki se mordió los labios y guardó silencio; contemplaba las delicadas y cerúleas manos de su amiga y se preguntaba á sí mismo cómo podría cuidar con aquellas manos á los enfermos. Pero recordó que ella quería y deseaba ardientemente morir para poder ir á reunirse con Litka.

El momento de la separación fué inmensamente

doloroso para Polaniecki. La idea de que debía perder á aquella mujer que desde tan largos años estaba unida á él con tan estrecha amistad, le producía un dolor agudo é indecible. Trató de dominar su emoción, apoderóse de sus manos y se las besó fervorosamente.

—¡Amiga mía, querida amiga mía!—dijo al fin con voz trémula y conmovida,—¡qué Dios la proteja y la consuele!

También ella estaba profundamente conmovida. Sin soltarle las manos, lo miró con los ojos humedecidos por el llanto y respondió con débil acento:

—Usted ha sido siempre para mí un verdadero amigo, Litka le ha amado á usted siempre y por eso le estimo yo todavía más. Jamás olvidaré lo que ha hecho usted por mi hija. El último deseo de mi pobrecita hija fué su unión con Marina. Seréis dichosos, porque Dios habló por su boca. Cuando estéis unidos estaré contenta pensando que vuestra felicidad es obra de mi hija. Dios os proteja y os bendiga á los dos.

Polaniecki partió sin poder contestar ni una sola palabra. No podía más, y, para ponerse sobre sí, dió un largo paseo al aire libre.

Al llegar á su casa, encontró un billete de Mas-ko, que decía:

«Hoy he venido dos veces á verte. En presencia de mi pasante, he sido insultado por un tal Gatovs-ki, un loco, á consecuencia de la oferta que te hice de aquel pedazo de bosque. Tengo que hablarte y volveré al anochecer.»

Apenas había transcurrido una hora, cuando oyó llamar á la puerta; entró Masko visiblemente sobreexcitado y preguntó en seguida á Polaniecki:

—¿No conoces á este Gatovski?

—Sí: es pariente y vecino de Plavicki. ¿Qué ha pasado?

Masko se quitó el sombrero y el abrigo, y luego respondió:

—No puedo comprender como ha llegado á enterarse de esta venta. Yo no he hablado de ella á sér viviente, porque me convenía que nadie se enterara.

—Tal vez habrá sido nuestro agente cuando fué á Kerzemien para examinar el bosque.

—Oye lo que me ha pasado. Hoy, mientras me hallaba en mi despacho, el criado me ha anunciado el señor Gatovski. Yo no sabía quien era, y de consiguiente le hice decir que podía pasar. Entró una especie de oso, se me plantó delante, y me preguntó si era cierto que yo había vendido el bosque y que quería colonizar una parte de Kerzemien. Naturalmente le dije que porque me lo preguntaba y me respondió que tenía conocimiento del compromiso que tengo de abonar una pensión vitalicia al viejo Plavicki, pero que, si seguía echando á perder sistemáticamente la hacienda, nunca estaría en disposición de poderla pagar. Con mucha cortesía le aconsejé que tomara el sombrero y que se volviera al lugar de donde había venido. Entonces ha empezado á insultarme groseramente delante de mi pasante, y antes de salir, me dijo que si tenía que comestarle algo, podría irle á la fonda Saski. ¿Entiendes tú lo que eso significa?

—Efectivamente Gatovski es un hombre grosero; y como está enamorado de la señorita Plavicki, probablemente habrá querido hacer el papel de protector.

—Ya sabes,—repuso Masko,—que yo no pierdo fácilmente mi sangre fría; y sin embargo ya ves cuan agitado estoy.

—¿Qué te propones hacer? El viejo Plavicki persuadirá á Gatovski de que te debe pedir perdón.

El rostro de Masko adquirió una expresión tal de dureza y frialdad, que Polaniecki la notó, y pensó que el *osezno* se había enredado en un mal paso.

—Nadie me ha insultado jamás impunemente,—repuso el joven abogado.—¿Quieres servirme de testigo?

—Es un servicio que no se puede negar.

—Gracias. Gatovski se aloja en la fonda Saski.

—Mañana iré á buscarle.

En cuanto quedó solo, Polaniecki se mudó el traje y se dirigió á casa de los Plavicki. Por el camino pensaba en Masko y en la desagradable posición en que éste se encontraba. El casamiento con la señorita Kraslavski era su última tabla de salvación, y aun ésta insegura. El asunto de Gatovski podía llegar á ser la causa de la ruina del joven abogado.

—Que qué me importa á mí,—acabó diciendo para sí,—él y todos los hombres, y que les importo á ellos yo.

Pero de pronto sintió que, á pesar de todo, habla en la tierra un sér que le interesaba y que le era más querido que todos los demás: Marina. Cuando

se halló en presencia de ésta, cuando la besó la mano, su corazón experimentó un inefable bienestar. Marina, después de haber correspondido á su saludo, le dijo con su voz clara y melodiosa:

—Su visita de usted no me sorprende, me figuraba que vendría usted. Mire usted, ya está preparada la taza para usted. Gatovski está aquí y está hablando con papá.

XXIII

Aquella noche, Polaniecki tal vez porque estuviere presente Gatovski, estuvo extraordinariamente amable con Marina: no se ocupó más que de ella.

Por un momento, mientras Marina estaba preparando el té en la habitación vecina, y el señor Plavicki había salido de la sala en busca de un cigarro, quedaron solos los dos jóvenes. Polaniecki aprovechó esta oportunidad para decirle á Gatovski.

—Cuando salgamos de aquí, estimaré que tenga usted la bondad de acompañarme. Necesito hablarle sobre la contienda que ha tenido con Marko.

—Está bien,—contestó con sequedad Gatovski, adivinando que Polaniecki era el padrino de su adversario.

Terminado el té, Plavicki tomó por su cuenta á Gatovski, y le propuso jugar una partida de ajedrez.

El oso consintió no de muy buena gana y para mayor tormento suyo, mientras iba jugando podía ver

á Marina y á Polaniecki sentados uno junto al otro y conversando amigablemente.

—Debe usted estar contenta de la venida de Gatovski; le habrá traído noticias de Kerzemien.

Marina le miró sorprendida.

—Ya no pienso en Kerzemien,—contestó ésta, con acento que denotaba lo contrario de lo que decía;—esa ha sido la manzana de nuestra discordia, y ahora, lo que deseo es que entre nosotros dos reinen la paz y la concordia.

Al decir esto, miraba á Polaniecki, con aquella graciosa coquetería que todas las mujeres saben emplear tan perfectamente cuando aman.

—Usted posee una arma terrible contra mí,—la hizo notar Polaniecki,—con su bondad me podría usted llevar hasta el infierno. Pero es tarde y tengo que volver á casa.

Pocos minutos después, él y Gatovski se hallaban en la calle.

—¿Sabía usted que era yo quien había comprado el bosque de Kerzemien?

—Sí,—contestó Gatovski.

—Pues entonces, porque la ha emprendido usted con Marko y no conmigo?

—Si quiere usted ponerme en aprieto, se equivoca,—replicó Gatovski.—Usted no es el propietario de Kerzemien. En cambio Marko con los productos de aquella hacienda tiene que pagar una pensión vitalicia al señor Plavicki; pero si continúa haciendo con lo demás lo que ha hecho con el bosque, adiós pensión vitalicia. Quería usted saber la causa de mi cólera contra Marko; pues bien ahora ya la conoce usted.

Polaniecki tuvo que reconocer que aquel joven no tenía toda la culpa, á lo menos por aquella parte, y por lo tanto juzgó oportuno de cambiar de conversación y dijo:

—El señor Marko me ha rogado que sea su padrino, y con este caracter iré mañana á verle. Pero en este momento le hablo á usted por lo que á mí me puede interesar como pariente de Plavicki, y de consiguiente le digo á usted que obrando como ha obrado con Masko ha prestado usted un flaco servicio á la señorita Marina. Si esta se halla más adelante en situación apurada, podrá agradecersele á usted.

—¡A mí! ¡si se encuentra en situación apurada! —exclamó Gatovski abriendo desmesuradamente los ojos.

—Ni más ni menos,—replicó Polaniecki.—Aun cuando ahora se pudiese evitar el duelo, eso no quitaría que toda esa historia acabe teniendo fatales consecuencias. Usted ha arruinado al señor Plavicki y le ha quitado á él y á su hija los medios de vivir.

Gatovski perdió totalmente la cabeza. Detúvose espantado con la boca abierta, y exclamó:

—¿Cómo? ¡Qué! ¡Los medios de vivir! Esto no puede ser. Les cederé todas mis fincas...

Polaniecki no le dejó terminar.

—Dejemos á un lado las palabras inútiles, señor Gatovski,—le dijo,—conozco sus haciendas de usted desde niño, sé lo que valen, y sé además que parte le toca á usted.

Efectivamente, todos los bienes de Gatovski estaban completamente hipotecados. De todos sus

bienes, lo único que le pertenecía de verdad eran sus deudas.

Pero Gatovski aparentó no comprenderle, y respondió:

—No comprendo que quiere usted decir... Dios me es testigo de que preferiría arruinarme yo á ser la causa de la ruina de Plavicki. Usted sabe con cuanto gusto retorcería el cuello á Masko; pero en tratándose del bien de Plavicki, soy capaz de hacer todo lo que el diablo quiera. Después de la escena entre yo y Masko, he estado á ver al señor Yamiz, que se halla hospedado en mi misma fonda, y le conté lo que pasaba. Me dijo que había hecho una bestialidad, y me reprendió. Si se tratara de mi cabeza le aseguro á usted que no daría un solo paso para salvarla; pero tratándose de cosas tan graves quiero aconsejarme nuevamente con Yamiz y obrar como sea debido.

Llegado á su casa, Polaniecki encontró á Masko que le esperaba y que, después de haberle saludado, le dijo:

—Kreszokski será mi segundo padrino.

—He hablado con Gatovski.

—¿Y qué? ¿Le dijistes algo en mi nombre?

—No. Como á pariente de Plavicki, me he limitado á hacerle observar que había prestado á este último un flaco servicio. Por lo que he podido comprender está dispuesto á aceptar todas tus condiciones. Por fortuna se ha aconsejado con el señor Yamiz que es un hombre que tiene mucha inteligencia.

—Está bien,—replicó Masko,—Hazme el favor de darme pluma y papel.

—Hallarás de todo en el escritorio.

Sentóse Masko y se puso á escribir. Cuando hubo concluido, entregó el papel á Polaniecki, y éste leyó lo que sigue:

«Declaro que cuando insulté al señor Masko me hallaba en completo estado de embriaguez. Hallándome de nuevo en estado de poder raciocinar, reconozco, en presencia de mis padrinos y de los del señor Masko, como también ante todas las personas que presenciaron la escena, que obré como un miserable y como un insensato, y humildemente me recomiendo á la generosidad del señor Masko, pidiéndole que me perdone. Confieso además francamente que la conducta del señor Masko para conmigo fué la de un hombre educado y noble.»

—Esta declaración la tiene que leer en alta voz y la tiene de firmar,—dijo Masko.

—No habrá quien quiera firmar una declaración semejante,—observó Polaniecki.

—¿No sabes quizás las graves consecuencias que tendrá para mí esta cuestión? Yo las sé, y no te digo sino que las Kraslavski retirarán su palabra, y que yo me quedaré compuesto y sin novia, ni más ni menos.

—¡Diantre!

—¿No comprendes que yo tengo que desahogar mi cólera sobre alguien, y que Gatoski tendrá que expiar de un modo ú otro, mi afrenta.

—A mí me tiene sin cuidado,—dijo Polaniecki encogiéndose de hombros.

—Kreszovski estará aquí mañana á las nueve,

—Está bien.

—Pues hasta la vista. Si ves á Plavicki, puedes decirle que la señorita Ploszovski, aquella pariente de quien espera heredar, ha muerto en Roma. Su testamento se halla en poder del notario Rozvadi y se abrirá mañana.

—Ya lo sabe.

Cuando quedó solo, Polaniecki pensó involuntariamente en Litka en la señora Emilia y en Marina, y no pudo menos de reconocer la inmensa diferencia que existía entre aquellas nobles y puras criaturas y los hombres continuamente agitados y luchando continuamente que agotan sus propias fuerzas para alcanzar un objeto preferente, el poder ó la riqueza. Si Polaniecki hubiera estado versado en las Sagradas Escrituras de seguro se habría repetido las palabras de Jesús á Marta: «María ha escogido la parte mejor.»

XXIV

Al día siguiente, Kreszovski se hizo esperar más de una hora. Pertenece á esa clase de gente que desgastan las piedras de las calles con la suela de sus zapatos, es decir que no hace nada. Su nombre era bastante conocido. A pesar de que se había comido toda su gran hacienda, era sin embargo bien acogido por todas partes. El elemento financiero le invitaba á sus banquetes, á sus cenas, á sus bautizos y hasta á sus bodas, porque como tenía aire distinguido y tipo de polaco, servía como de ornamento en las mesas. Tenía un carácter irritable, pero al mismo tiempo poseía una buena dosis de